

I

Día sí y día no, algún periodista, pelo engominado, pantalón de rayas y tirantes, un jovenzuelo que aún no había nacido cuando yo dejé de pisar los escenarios, viene a visitarme con el afán de hurgar en mis recuerdos y recabar toda la información posible sobre Ivan Turguenev, *ese famoso escritor ruso* cuya amistad conmigo tanto en su momento dio que hablar.

Cualquier anécdota suya, opiniones políticas, aficiones, forma de vestir, por insignificante que sea, les interesa, y si no fuera porque Mlle de Nogueiras, siempre vigilante, pendiente del reloj, con el pretexto de que me canso, al poco tiempo, precedida por su ligera tosecilla, se presenta en el salón dando así por terminado nuestro encuentro, podría pasarme horas y horas charlando con ellos.

Al fin y al cabo, no encuentro mejor manera de ocupar mi tiempo que evocar mi pasado trayendo a mi memoria el recuerdo de Ivan, George Sand, Frédéric Chopin, Franz Liszt, Clara Schumann, y tantos otros con los que hace mucho comencé a interpretar una compleja sinfonía cuya ejecución se acaba.

—¿Pero los conoció usted a todos?! —me preguntan con gesto de extrañeza, pluma en mano, el cuerpo alerta, en tensión, como el de águila oteando su presa desde el cielo.

En cambio mi nombre ni les suena y si, por un momento, caigo en la tentación de hablarles de mis éxitos, enseguida se relajan y pierden interés, mirándome con paternal condescendencia, como si al escucharme le estuvieran haciendo un favor a esa vieja algo chocha ya, con ansias de grandeza, que tienen delante, con la que llevan ya un buen rato —de pronto también ellos miran el reloj— charlando, pero que, a pesar de todo, ha tenido la amabilidad de dedicarles su tiempo y de compartir con ellos sus recuerdos proporcionándoles así, de primera mano, una información mucho más valiosa, rica y detallada que la que esperaban obtener con esta visita a la que venían con escasas expectativas.

Alguien, como de pasada, les había hablado de mí, una antigua cantante, pero qué interés podía tener entrevistar a una antigua cantante, aunque, por otra parte, nunca se sabe, a veces suena la flauta por casualidad. Quizá hurgando y hurgando en mi memoria —a los viejos, por cascarrabias e inaccesibles que parezcan, en el fondo les encanta hablar—, pudieran encontrar un sutil venero, con eso les bastaba, con tener acceso al hueso mondo y lirondo de la historia, que ya se encargarían ellos más tarde de revestir —en eso consistía su profesión— con todos los detalles necesarios, ríos, casas y arbolitos, para poder redactar un artículo con el que ganarse unos francos.

Insisto y me miran con incredulidad. Abanderada del nuevo arte que nacía tras los excesos del romanticismo, canté ante nobles, plebeyos y gentes de toda condición, poniendo boca abajo los teatros de media Europa, aunque quizá mi pecado haya consistido en vivir demasiado. A alguien se le debe de haber olvidado parar mi reloj dejándome aquí sola, perdida en una maraña de recuerdos, esperando a la muerte.

Mis hijos vienen a verme con frecuencia, mis nietos, como la juventud casa mal con la vejez, solo de tarde en tarde, pero es Mlle de Nogueiras, solterona, antigua alumna mía, quien me atiende con devoción aguantando de buen grado mi sordera y mis ataques de mal humor.

Hoy le he dicho que me traiga mis cartas, varios montones de sobres amarillentos atados con una cinta de seda azul guardados bajo llave en un cajón de mi secreter, que tengo intención de

entregar a Louissette esta misma tarde, en cuanto llegue de Heilderberg, con la expresa orden de quemarlas tras mi muerte, que presiento ocurrirá dentro de dos días.

—¿Dentro de dos días? ¡Ande ya! ¡No diga disparates! ¡Si usted nos va a enterrar a todos! — dice por decir, moviendo hacia un lado y otro su cabeza con expresión de disgusto, en gesto medio esbozado y finalmente contenido de protesta, sus manos a punto de resbalarles por sus escurridas caderas.

Ella es así, correcta hasta la saciedad, fiel como la que más, y a veces me pregunto a qué se va a dedicar cuando yo ya no esté, si a leer absurdas historias románticas, a labores de costura, o si como mucho me temo no acabará por despertar ella también el interés de algún periodista que desee entrevistarla para extraerle, en una operación quirúrgica de alto riesgo, la delicada capa de su memoria donde se esconde agazapado, sepultado ya por el peso de los días idénticos que con idéntica monotonía se han venido sucediendo unos a otros, implacables, durante más tiempo del que yo hubiera deseado, mi recuerdo y el recuerdo de mis recuerdos, de segunda mano ya, haciéndolos así salir a la superficie durante horas y horas de charla evocadoras de una vida que con asombro que a veces roza el delirio, sin saber a ciencia cierta si la habré soñado o vivido, también yo hoy contemplo desde la lejanía muda, fría y espantosa de mis años, aunque estando como estoy en la sala de espera de la muerte, calculando con impaciencia las horas que me quedan para dejar este mundo y poder reunirme por fin en algún sitio con los míos, mamá, papá, María, Louis, Ivan, lo que suceda o deje de suceder en el futuro comienza a no ser ya de mi incumbencia.

Aquí están —Mlle de Nogueiras, siempre tan eficiente, las acaba de dejar sobre mi regazo—, fieles compañeras que en tantas ocasiones a lo largo de mi vida, cuando mis compromisos profesionales me obligaban a hacer miles de kilómetros y a pasar largos e interminables meses fuera de casa, lejos de mi familia y de mis amigos, tanto me ayudaron a combatir mi soledad.

¡Qué ilusión me hacía levantarme por la mañana y reconocer en un sobre la letra diminuta e inclinada hacia delante de George, la alargada de Ivan o la ilegible de Manuel!, uno, dos, tres folios, que leía deleitándome en cada frase, en cada palabra.

Por la noche, ya sin prisa, en la calma de mi habitación, dedicaba varias horas, sin importarme ni el sueño ni el cansancio, a responderles, disfrutando al sentir el suave deslizarse de la pluma por el papel a la velocidad de mi pensamiento, mientras la llama del quinqué dibujaba sobre la pared extrañas formas que excitaban mi imaginación. La gente de mi época dábamos mucho trabajo al servicio de correos.

Hoy, sin embargo, tengo la impresión de que la vida transcurre a un ritmo mucho más veloz y de que nadie, ni siquiera los jóvenes, se suele parar a escribir. Yo en cambio no sé qué hubiese hecho sin el consuelo de la escritura.